

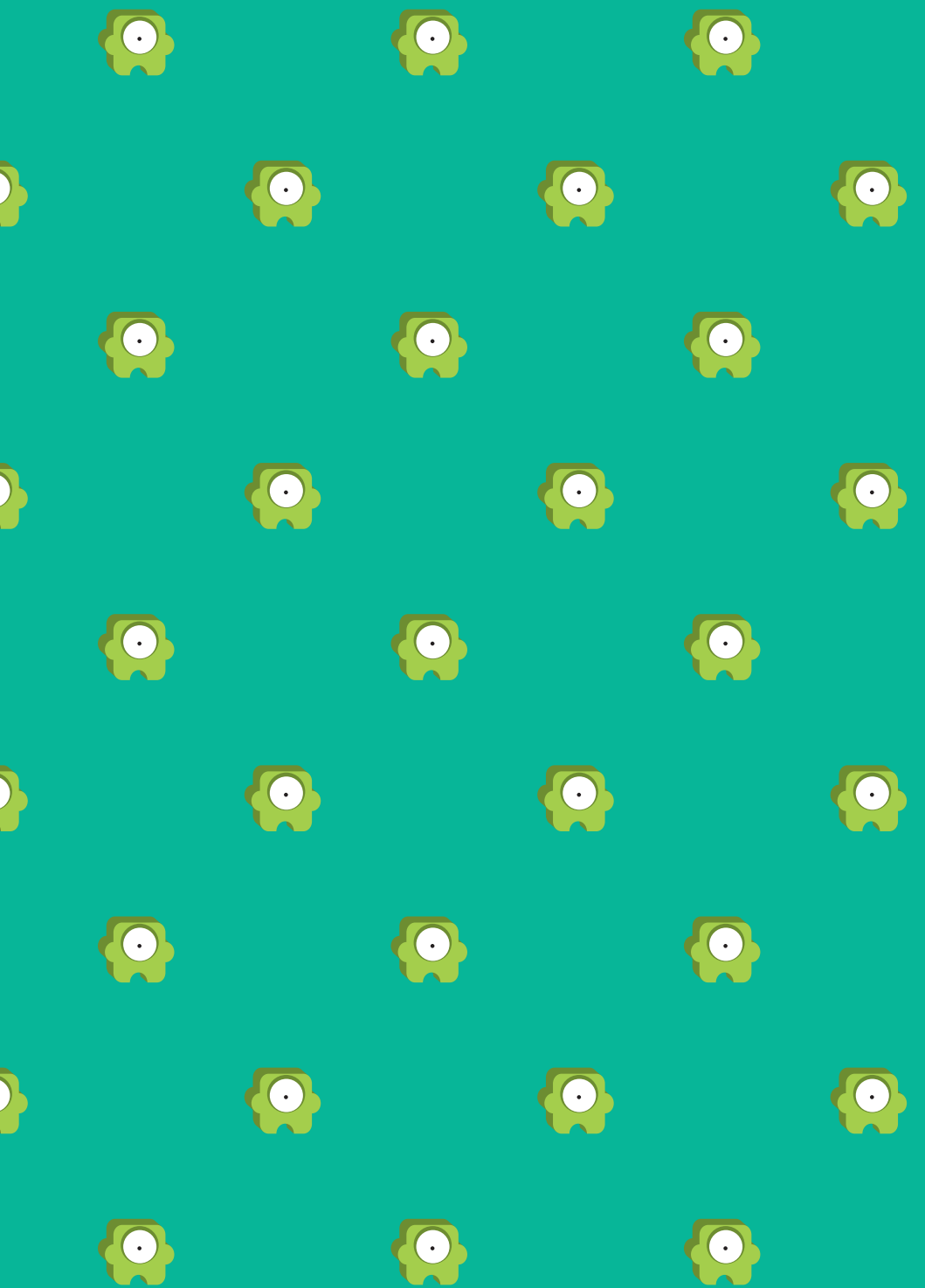
# CUENTO CON VALORES



Buenos Aires Ciudad



Rentas Ciudad



# CUENTOS CON VALORES



AUTORIDADES DEL GOBIERNO  
DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

**Jefe de Gobierno** | Ing. Mauricio Macri

**Vice Jefa de Gobierno** | Lic. María Eugenia Vidal

**Ministro de Hacienda** | Act. Néstor Grindetti

**Administrador Gubernamental de Ingresos Públicos** | Lic. Carlos Walter

**Director General de Relaciones Institucionales** | Dr. Lucas Figueras

**Directora de Relaciones con la Comunidad** | Lic. Thelma Paula Vivoni

**Departamento Cultura Fiscal** | Lic. María Soledad Amione

Silva, María

Cuentos con valores / María Silva ; ilustrado por Andrea Pellegrino y Santiago Fraccarolli ; con prólogo de Thelma Paula Vivoni. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Administración Gubernamental de Ingresos Públicos del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires - AGIP, 2015.

64 p. : il. ; 14x20 cm.

ISBN 978-987-26878-4-7

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Pellegrino, Andrea, ilus. II. Fraccarolli, Santiago, ilus. III. Vivoni, Thelma Paula, prolog. IV. Título

CDD A863

## ÍNDICE

PRÓLOGO	9
---------	---

LA CHICA DE SUS SUEÑOS	11
------------------------	----

UN GRANITO DE ARENA	17
---------------------	----

PIZZA REVOLUCIÓN	25
------------------	----

PRUEBA DE AMOR	33
----------------	----

LA DESPEDIDA DE LULA	39
----------------------	----

LAS VACACIONES DE ANDY	47
------------------------	----


EDU BAJO EL AGUA	53
------------------	----

NOCHE FANTASMAL	59
-----------------	----

LA ELECCIÓN	65
-------------	----

HUGO EN EL AUTOCINE	73
---------------------	----

## PRÓLOGO

 n año más, nos acercamos a las familias, docentes y niños para presentarles nuestro nuevo libro de cuentos, ¡el número 5 de nuestra colección! Esta vez, los protagonistas de las historias serán la mascota de Educación Tributaria, Edu, y sus amigos. Juntos participan de diferentes aventuras que invitan a reflexionar sobre la importancia de ser un buen ciudadano, cuidar la ciudad, colaborar para mantenerla limpia, trabajar en equipo, decidir democráticamente y respetar los valores que permiten una buena convivencia.

Como un ciudadano más, Edu acompaña y entiende a los demás vecinos. Con un comportamiento ejemplar, deja en claro las actitudes y valores positivos de la vida en democracia, y señala las faltas, recordando que, para ser un buen ciudadano, hay que hacer un trabajo diario.

En nuestro programa, tenemos una misión: que los niños sepan, desde edad temprana, que ellos también son ciudadanos y que, como tales, es importante que participen, que desarrollen prácticas de ciudadanía, de responsabilidad y compromiso frente al bien común. Que tomen conciencia de la importancia de respetar y cuidar los espacios y bienes públicos de nuestra ciudad, que reconozcan los valores de la vida en democracia, que conozcan sus derechos y sus deberes como parte de la sociedad. Creemos que es necesario trabajar con ellos la dimensión social del tributo y su relación con lo

individual y lo colectivo, reflejada en la importancia del aporte individual que deviene en beneficios colectivos.

Por estas razones, trabajamos junto con las escuelas y los docentes, para difundir en la población infantil los valores de la democracia y del rol social de los impuestos, para que nuestra ciudad sea un mejor lugar para vivir. Generar cambios profundos en la ciudadanía no es un trabajo fácil, pero vale la pena allanar el camino para lograrlo, con la ayuda de chicos y grandes que tienen ganas de trabajar para tener un futuro mejor. Todo cambio empieza con un granito de arena.

Esperamos que disfruten de este libro en familia y en el aula, y que los invite a seguir pensando y reflexionando, de forma individual y colectiva, para construir todos juntos una ciudad mejor. Estos libros son parte de ese granito de arena que queremos sumar.

¡Hasta el próximo libro!

Lic. Thelma Vivoni

Directora de Relaciones con la Comunidad (AGIP)

## LA CHICA DE SUS SUEÑOS

**L**as nubes eran celestes y el cielo blanco. Había todo tipo de pájaros enormes: tucanes, papagayos, colibríes, petirrojos y zorzales. Hombres y mujeres viajaban sobre sus lomos como si fueran caballos. Edu iba arriba de un pelícano y le susurraba al oído:

—Estanislao, así se llamaba el ave, doblá para la derecha en la próxima nube. Estanislao, cuando tengas sed, bajamos a tomar agua al río.

Estanislao no se quedaba atrás, le decía:

—Edu, agarrate fuerte —mientras dibujaba ochos en el aire o bajaba a toda velocidad para después volver a subir.

En un momento, empezó a anochecer; el sol, que era de color fucsia, tiñó el cielo de rojos y rosados. De repente, apareció un enorme pavo real con sus plumas multicolores desplegadas, y sobre él, la muchacha más hermosa que Edu había visto en su vida. Estaban a punto de cruzarse, se miraban a los ojos y cuando casi estuvieron uno al lado del otro... Edu despertó.

¡Qué triste destino estar enamorado de una chica imaginaria!, se lamentaba Edu con sus amigos. Por las noches, trataba de hacer fuerza para soñar nuevamente con ella y volver a verla. Pero no había caso, era una chica de un solo sueño.

Lo de Edu era cosa seria, presentaba todos los síntomas del enamoramiento: pérdida de apetito, taquicardia, distracción,



tendencia a dibujar corazones en los márgenes de las hojas, predilección por el color rojo, antojos de anís y deseos de dar paseos a la luz de la luna.

¿Nos conoceremos de otra vida?, se preguntaba Edu. Es la única explicación lógica que le encuentro a este asunto. No hay otra. Ahora tengo que encontrarla en esta vida. ¿Existirá? Pero ¿y si vive en Rusia? ¿O en Marruecos? ¿O en República Dominicana? No va a ser tarea fácil... ¡Ya sé! Puedo hacerme marinero y recorrer el mundo hasta encontrarla. O piloto de avión. ¡Ay, no! ¿Y si vive en un pueblito aislado? ¡Qué desgraciado soy! ¡Pobre de mí!

Harto de verlo hecho un paparulo, su buen amigo Pepi lo invitó a un concierto de jazz en La Usina del Arte con la intención de distraerlo.

El lugar era hermosísimo. Parece un castillo hecho de ladrillos y con una torre, pensó Edu. ¡Ay! Si encontrara a mi princesa...

Pepi y Edu entraron a la sala donde iba a ser el concierto y se sentaron. Al rato, se apagaron las luces y comenzó la función. ¡Noooooooo! ¡Era increíble! ¡La chica de sus sueños estaba en el escenario! ¡Tocando el saxo!

—Mirá, Pepi, ¡es ella! ¡es ella! La chica de mis sueños. Te lo juro. ¡Es ella!

—¡Ay, Edu! Estás chiflado.

Era hermosa, tal como en su sueño. ¡Y su música, también, era hermosa! Iba a hablarle, lo haría en cuanto terminara el concierto.



La esperó a la salida. Ansioso, vio pasar una chica tras otra, pero ella no aparecía. Esperó y esperó, estaba cada vez más desesperado, hasta que Pepi le dijo que no tenía sentido seguir allí, ya no quedaba nadie. ¿Cómo podía ser? ¿La chica de sus sueños se había evaporado? ¿Habría salido por otra puerta? ¿Cómo haría para volver a verla? No sería fácil...

Y no lo fue. Pasaron segundos, minutos, horas, días, semanas, casi un mes. Edu estaba a punto de perder las esperanzas, había llenado las redes sociales preguntando si alguien conocía a una chica hermosísima que tocaba el saxo en una banda, y nada... Hasta que un día, viajaba en el Metrobús y la vio. ¡Era ella! ¡El corazón de Edu latía desenfrenadamente! Sacó fuerzas y valentía de su interior, se acercó y le dijo:

—Hola, te vi en el concierto en La Usina del Arte. Sos re buena saxofonista.

—Gracias. ¡Qué bueno que te haya gustado el concierto! ¿Vos tocás algún instrumento? —dijo la muchacha sorprendida.

—La pandereta y el toc toc. Pero hace mucho que no toco, la verdad. Desde que iba al jardín de infantes —respondió Edu.

—Jajajaja —se rió la muchacha. El sábado tocamos de vuelta en La Usina del Arte. Si querés, vení y te presento al resto de la banda. Me tengo que bajar ya. Tengo clase de saxo, justamente. Chau. Ah, me llamo Eda. ¿Vos?

—E e e e Edu, me llamo Edu.



Eda bajó del Metrobús y Edu quedó petrificado, a tal punto que el conductor tuvo que avisarle cuando llegaron a la terminal para que se bajara.

No era para menos, ¿no? ¿Quién no se queda mudo cuando conoce a la chica de sus sueños?

FIN

## UN GRANITO DE ARENA



rrring! ¡Rrrring! Edu estiró el brazo para apagar el despertador. ¿Por qué lo había puesto tan temprano? ¿Tenía que ir a la escuela? ¿Tenía que trabajar? ¿Tenía hora con el dentista? No, no, si era sábado. ¡Qué fiaca! Cinco minutitos más, se dijo a sí mismo, cinco minutitos más y me levanto.

Edu cerró los ojos y a los dos segundos estaba soñando que cruzaba el Polo Norte con un grupo de osos polares que le contaban unos chistes graciosísimos. Se había quedado dormido con la ventana abierta y, aunque era primavera, entraba una brisa que le hacía sentir un poco de frío, y todo eso en sus sueños se transformaba en una excursión por los hielos continentales.

Como Edu también sabía unos chistes geniales, no quiso quedarse atrás y les contó uno a sus amigos blancos y hociudos:

—Resulta que había una fiesta de ceros. Exclusivísima. Ni los unos, ni los tres, ni los ochos, ni los cuatro podían entrar. Estaban todos bailando música electrónica re divertidos. Chuuun. Chuuun. Chuuun. Los ceros movían frenéticos las caderas. De pronto, se escuchó: Toc toc toc. Alguien golpeaba la puerta. El cero dueño de casa abrió la puerta. Ohhh, exclamaron todos los ceros al unísono. ¡Era un ocho! Un atrevido ocho que los miró uno por uno y luego les dijo: ¿Qué? ¿No se podía venir con cinturón?



—Jajajaja —rieron todos los osos—, jajajajaja.

¡Rrrring! ¡Rrrring! Ya habían pasado cinco minutos. Edu aterrizó desde el Polo Norte directo hasta su habitación porteña sin entender nada. ¿Dónde estaba? ¿Qué pasaba? ¡El picnic con Eda! ¡El picnic con Eda! Para eso había puesto el despertador tan temprano un sábado. Saltó de la cama y se metió en la ducha cantando.

Una vez vestido y perfumado, buscó en la compu cómo llegar hasta la casa de su novia, era la primera vez que iba. El subte lo dejaba bárbaro. Llenó el platito de su gato Alfajor con alimento balanceada. Le había puesto ese nombre porque era negro como el chocolate, y marrón como el dulce de leche. ¡Miauu!, le agradeció Alfajor, que era un gato educado y parlanchín.

¡Qué nerrrrvios! Edu nunca había tenido novia antes y menos que menos había pasado a buscar a una chica por su casa, y menosquerrequeterrecontramenos había hecho un picnic con la chica más linda del universo, como estaba a punto de hacerlo.

—¡Flores! ¡A las chicas les gustan las flores! —exclamó Edu en voz alta al salir de su casa, y una señora que pasaba lo miró como si estuviese chiflado.

Caminó unas cuadras, compró un hermoso ramo de margaritas y bajó las escaleras del subte.

Estaba a punto de sacar el pasaje cuando tuvo una idea. ¡Soy un genio!, pensó y saltó el molinete. ¿Cómo no se le

había ocurrido antes? Si no pagaba el boleto, con la plata que ahorraría en un mes, podría comprar jamón, queso y pan para hacer sanguchitos, y venderlos en la feria de su barrio los domingos a la mañana. Con la plata que ganaría vendiendo los sanguchitos, podría comprar para hacer el doble de sanguchitos. Con la plata que ganaría vendiendo el doble de sanguchitos, ganaría para hacer el triple de sanguchitos y así hasta poder viajar con Eda a Iguazú. ¡Qué hermoso! Edu ya se imaginaba la foto de ellos dos con las Cataratas de fondo, un arco iris y un tucán.



Entre sanguchitos y cataratas, casi se pasa de estación. Había llegado en un periquete. Por suerte, se dio cuenta justo a tiempo y salió del vagón. Subió las escaleras y se encontró con una sorpresa increíble: en una de las paredes de la estación, estaba exhibido el enorme caparazón de un gliptodonte. Lo habían encontrado cuando hacían excavaciones para extender la línea de subte. ¡Tenía más de un millón de años! Pensar que por donde ahora pasaba el subte antes caminaban gliptodontes y dinosaurios.

¡Qué lástima que no se puede viajar en el tiempo!, pensó Edu. Si se pudiera, con la plata de los sanguchitos, en vez de ir a las Cataratas, iría con Eda a la Prehistoria. Caminaríamos de la mano entre los Velociraptors y los Tiranosaurios Rex. ¡Qué romántico!

Finalmente, llegó a la puerta de la casa de Eda y tocó el timbre. Estaba tan nervioso y entusiasmado que sentía que su estómago era un panal de abejas.

—¡Hola, Edu! —lo recibió Eda con una sonrisa de oreja a oreja.

—Tomá, te traje margaritas —dijo Edu dándole el ramo—. Y además, te voy a invitar a las Cataratas. ¿Querés venir? Tengo un plan genial para ganar la plata. También, me encantaría invitarte a la Prehistoria, pero no se puede porque no inventaron la máquina del tiempo. ¡La ciencia está muy atrasada todavía!

—Gracias, son hermosas —dijo Eda—. Voy a ponerlas en agua. ¿Cómo es eso de las Cataratas? ¿Qué plan tenés?

—El plan de los sanguchitos —respondió Edu orgulloso.

—¿Qué? —preguntó Eda que, sabiendo lo delirante y soñador que era, ya se veía venir un disparate.

—Es una idea brillante que tuve. No pago más el subte y salto el molinete —Eda, indignada, abrió los ojos de par en par—. Con la plata que ahorro, compro jamón, queso y pan para hacer sanguchitos y...

—¡Pero estás loco, Edu! ¿Cómo no vas a pagar el boleto? ¡Encima decís que tenés la plata! ¿Cómo van a hacer para que funcione el subte si no pagás? ¿Cómo van a mejorarlo? ¿Cómo van a construir nuevas estaciones?

—Pero si nadie me ve, ¿qué importa si salto el molinete?

—Edu, no lo puedo creer. ¿No sabés que es responsabilidad de todos que las cosas funcionen bien? Cada uno tiene que aportar su granito de arena. Por ejemplo, la estación en la que te bajaste es bastante nueva. Imaginate si no existiera. Tendrías que haber caminado un montón para llegar.

—Y no habría visto al gliptodonte... —dijo asombrado Edu—. La verdad, nunca había pensado en todo eso. No voy a colarme nunca más. ¡Qué suerte que me explicaste lo de los granitos de arena!

—Voy a buscar las cosas para el picnic y vamos —dijo Eda mientras Edu seguía pensando en todo lo que había pasado.

Esa tarde, después del picnic, que fue divertidísimo, Edu volvió a su casa y escribió en un papelito algo muy importante que había aprendido ese día, y lo pegó en la pared, al lado de su cama.

*Responsabilidad: significa poner nuestro granito de arena para que el mundo sea mejor.*

¡Qué suerte que tengo de tener una novia tan inteligente!, pensó Edu. ¡Cuántas cosas voy a aprender!

FIN

## PIZZA REVOLUCIÓN



¿Qué lindo que tu novio cocine para vos!, pensaba Eda mientras iba a la casa de Edu. Era un día muy importante para los dos: cumplían un mes juntos. Eda se había puesto su vincha preferida, llena de lunares de todos colores, y un vestido blanco que se había hecho ella misma. ¿Qué preparará? ¿Tarteleta de hongos? ¿Croquetas a las finas hierbas? ¿Estofado a la madrileña?

Cuando Edu abrió la puerta, Eda quedó boquiabierta. Toda la casa estaba cubierta de harina, hasta Alfajor. El gato que era negro y marrón parecía que hubiese nacido blanco.

—¡Qué lío, Edu! —exclamó Eda—. Parece que hubiera habido una tormenta de nieve.

—No, querida Eda, lo que hubo fue una tormenta de innovación. Acabo de renovar la pizza. Lo que se me ocurrió, es a la pizza lo que la teoría de Copérnico es a la astronomía. Una revolución. La “pizzarevolución” de Edu. Me van a construir una estatua en Italia. La torre de Pisa va a llamarse la torre de Edu cuando conozcan mi invento. Y es más, no solo la pizza revolucioné; el concepto mismo de cena con entrada, plato y postre va a quedar en el pasado.

—Feliz aniversario, Edu. ¿Te olvidaste de que día es hoy?

—Estás loca, Eda. Si acabo de inmortalizar este día en la creación de la pizza “Eda y Edu”.



Edu fue hacia la cocina y sacó del horno su flamante invento: una pizza de muzzarella con brócoli, rodajitas de salame y jamón, bañada en chocolate y con caramelos de menta en vez de aceitunas.

Eda casi cae desmayada de solo pensar que debía probar eso.

—¿No es genial, Eda? En un solo bocado, se come la entrada, rodajitas de salame y jamón; el plato principal, pizza con brócoli; el postre, chocolate; y hasta un digestivo caramelo de menta. ¡El tiempo que se va a ahorrar la humanidad con esto! Nunca más esas cenas eternas, ahora todo en un solo paso.

—¿Ya lo probaste Edu?

—No todavía, quería que fueras la primera.

—No, no, de ninguna manera. El inventor debe ser el primero en disfrutar de su invento.

—Bueno —dijo Edu, cortó una porción y se la llevó a la boca—. ¡¡¡Puajjjjj!!! ¡Esto es lo más asqueroso que probé en mi vida! Chaaau, “pizzarevolución”. Chaaaaau, torre de Edu.

Eda no sabía cómo hacer para no reírse. Por suerte, había otra masa para hacer una pizza tradicional, aunque Edu tuvo otra idea genial: helados de fruta con pedacitos de salchicha. ¡Nooooo!

Después de comer una tradicional y deliciosa pizza de muzzarella, Edu y Eda fueron a tomar un helado y a charlar bajo la luna en un banco de la plaza.

—¿Vamos el sábado a Ciudad Rock? —preguntó Eda.



—Suená súper. ¿Qué es?

—Un festival que organiza el Gobierno de la Ciudad. Toca Las avispas y Los valientes de siempre, entre otras bandas.

—¡Groso! ¡Las avispas es mi banda favorita! ¿Y es gratis?

—Sí, claro.

—Bárbaro. Este es un día hermoso, aunque la “pizzarevolución” haya fracasado...

El día del recital, Edu y Eda quedaron en encontrarse en un café cerca del parque donde se hacía el concierto. Pero Edu, como siempre, tuvo un inconveniente: cuando estaba a punto de salir de su casa, lo llamó su tía llorando porque su gatita se había subido a un árbol y no podía bajar. Edu no sabía qué hacer, por un lado, no quería llegar tarde a su cita con Eda ni perderse a Las avispas; y por el otro, no podía dejar a su tía llorando y a la gatita arriba de un árbol.

Eda había llegado antes a la cita y estaba tomando un café cuando sintió que alguien daba unos golpecitos en la ventana. ¡Era Hugo! Un compañero de Eda de la escuela primaria. Hacía más de diez años que no se veían.

Hugo siempre había sido el más canchero del grado, de esos que se creen mejor que el resto y que piensan que se las saben todas. Él era el más fuerte, el más inteligente, el más divertido, el más rápido, el más lindo, el más más más que todos, en todo.

—¿Qué tal Eda? Siempre igual de guapa —le dijo con voz de galán de cine.

—¿Vas a Ciudad Rock?

—Obvio, voy a ver a Los valientes de siempre.

—Yo a Las avispas. Toca al mismo tiempo en escenarios diferentes. Me tengo que encontrar con mi novio. Ya está llegando veinte minutos tarde.

—Tal vez no viene o te hace esperar una hora más. ¿Por qué no venís conmigo?

—No, Edu no es así —dijo Eda y justo se escuchó un tliin.

Era un mensaje de Edu que decía: “Tuve un problema, voy a llegar tarde. Si querés andá entrando. Te mando un mensaje cuando llego”. Eda se puso verde de furia. Edu siempre tenía un problema, siempre se metía en un lío, siempre tenía una idea genial que resultaba ser un desastre.

—Dale, voy con vos —le dijo a Hugo.

En el camino, Hugo no hizo más que hablar de sí mismo, de lo genial que era, de cómo estaba a punto de jugar en las inferiores de Argentino Juniors, de que estaba seguro de que después se iba a jugar a Europa y de que lo llamaban para la selección y ganaba el mundial con Messi.

A todo esto, Hugo no dejaba de pelar caramelos y tirar los papeles al piso. Eda levantó el primero, pero él le dijo:

—Dejá, que lo junte otro.

Una vez adentro del parque donde era el concierto, Hugo quiso ir al baño, pero había varias personas. Eda se sentó en



un banco dispuesta a esperar un rato, pero a los dos minutos, Hugo había vuelto:

—¿Cómo hiciste tan rápido?

—Me colé, ni loco espero a que pasen todos. Es re de *looser* esperar.

—¿De qué?

—De perdedor, así se dice en inglés.

—A mí me parece que es de irrespetuoso, Hugo.

—Conmigo vas a aprender cómo se hacen las cosas, Eda. Seguro que tu novio Edu anda haciendo una cola larga por ahí y no llega nunca a Ciudad Rock.

Ya era casi la hora en que empezaban Las avispas y Los valientes de siempre. Edu no daba señales de vida. Eda lo quería matar. ¿En qué lío se habría metido?

Las luces del escenario se prendieron y, en eso, apareció Edu con una mochila enorme. Eda ya se veía venir cualquier cosa.

—¿Ese es tu novio? Parece la hormiguita viajera. La mochila es más grande que él. Debe ser para entretenerse mientras hace colas. Típico de *looser*...

—¡Hola, Edu! ¿Qué llevás ahí? ¿Sanguches de queso y mandarina? ¿Empanadas de chorizo y sambayón?

—No, Eda. Traigo útiles que recolecté en el barrio. La consigna era traer útiles a Ciudad Rock para donarlos.



En ese mismo momento, se encendieron las luces del escenario donde tocaban Las avispas. Eda miró a Hugo y a Edu. ¿Con quién quedarse? No lo dudó ni un segundo, su corazón y su razón estaban con Edu y con su mochila de útiles.

FIN

## PRUEBA DE AMOR

**E**ra una tardecita de otoño, de esas en que la ciudad y los bosques se llenan de hojas marrones, coloradas y sepia. De esas que el suelo cruje bajo nuestros pies. Edu y sus amigos estaban reunidos en lo de Lola también había ido Hugo, que hacía lo imposible por formar parte del grupo.

La propuesta era una “tarde de juegos de mesa”: damas, ajedrez, truco, ta te ti, piedra, papel o tijera, juego de la oca y tinenti. Había para todos los gustos. La única condición era dejar los teléfonos celulares en la puerta y pasar una velada “desenchufados”. Lola había propuesto que ni siquiera se encendieran las luces y que se prendieran velas, pero no había tenido mucho éxito... ¡Con lo romántica que era la luz de las velas!, se lamentaba Lola.

Un minuto antes de que saliera la luna, Eda, que estaba a punto de cumplir años, jugaba un partido de ajedrez con Andy, cuando de golpe Edu y Hugo se acercaron y al mismo tiempo le dijeron:

—Te invito a la usina restorán a hacer de comida una caminata tailandesa concierto y vietnamita rock —entremezclando las voces y las ideas.

—Yo la invité primero —exclamó Edu.

—¡No! yo, pibe —gritó Hugo colorado de furia—. ¿No, Eda?



Decile, decile a este que yo te dije primero.

—Primero, no entendí bien qué dijo cada uno y, segundo, fue realmente al mismo tiempo —respondió Eda.

—Te invito a recibir tu cumpleaños en un restorán de comida tailandesa y vietnamita —dijo Hugo.

—Te invito a un concierto de rock en La Usina la noche antes de tu cumple —aclaró Edu.

—¡Esto hay que definirlo en una competencia! ¡Lo dijeron a coro! —exclamó Pepi—. ¡Ya sé! ¡Pueden batirse a duelo!

—¡Ay, sí! ¡Es recontrahiper romántico! —acotó Lola—. Pueden encontrarse a la medianoche en los bosques de Palermo con espadas. ¡Cada uno tiene que elegir un padrino!

—Lola, ¿qué tomaste? Acá no va a haber ningún duelo —afirmó Eda.

—¡Una competencia de comida! Lo vi en una película, gana el que come más hamburguesas o más torta o más panchos —propuso Andy.

—Tampoco. ¿Querés que terminen en el hospital, Andy? —preguntó Lola.

—¿Y una carrera? —se le ocurrió a Edu—. A ver quién cruza la ciudad de Norte a Sur más rápido.

—¡Me parece genial! Yo con mi autazo le paso el trapo a este pelmazo —murmuró Hugo al oído de Pepi.

—¡Pero vos no tenés auto, Edu! —dijo Pepi.

—No importa, voy en bici —afirmó Edu ante el asombro de todos.

Todos quedaron boquiabiertos ante la respuesta de Edu, excepto Hugo que tenía una sonrisa de oreja a oreja.

La competencia quedó fijada para el siguiente martes a las cuatro. La verdad, nadie tenía muchas expectativas, un desca-potable frente a una bicicleta... De todos modos, Andy y Pepi escribieron un breve reglamento para la ocasión:

#### *Reglamento rally La Boca-Puente Saavedra 2015*

- 1. La largada será en La Boca a las 16.*
- 2. Ganará el primero en llegar a Puente Saavedra.*
- 3. Cada concursante puede utilizar el vehículo que desee.*
- 4. Queda descalificado en forma automática aquel que infrinja alguna norma de tránsito.*

El día de la carrera, Hugo y Edu estaban uno al lado del otro en sus auto y bici, respectivamente. Andy empezó a contar: diez, nueve, ocho siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, ¡cero! Edu comenzó a pedalear a toda velocidad. Tan fuerte tan fuerte que a los pocos minutos solo se veía un puntito rojo, era su casco.

—¿Qué pasa, Hugo? ¿Por qué no salís? —preguntó Lola.

—Tengo tiempo. Voy a tomar una gaseosa y a comer un san-guchito ¿Me acompañan? —dijo Hugo.



Después de comer y tomar algo, a Hugo le dio un poco de sueño y, confiado, decidió tirarse un ratito al sol. Mientras tanto, Edu pedaleaba por las bicisendas a un ritmo pausado y constante.

Finalmente, Hugo salió, cruzó La Boca y San Telmo, y al llegar al centro, se encontró, con una inmensidad de autos uno detrás de otro. ¡Era la hora pico! Hombres y mujeres salían de trabajar y volvían a su casa. Hugo estaba tan seguro de ganar

que no había pensado en nada, confiado en que no había forma de que una bicicleta le gane a un auto último modelo. ¿Y Edu? Pedaleaba constante por una tranquila bisisenda.

Hugo veía las bicicletas pasar a toda velocidad a su lado suyo y se agarraba la cabeza con las manos. Si hubiera salido a la hora prevista, habría evitado la hora pico, se lamentaba en silencio.

Y fue así, pedaleando y pedaleando, a un ritmo pausado y constante, sin parar, excepto en los semáforos, Edu ganó la carrera, ¡y por casi veinte minutos de ventaja!

—Edu, ¿cómo sabías que ibas a ganar? —le preguntó Pepi.

—¿No leíste la fábula de la liebre y la tortuga?

—No, ¿de qué se trata?

—Cuenta lo mismo que pasó hoy, pero en vez de con Edu y Hugo, con una liebre y una tortuga. Tengo un libro con un montón de fábulas escritas por Esopo. Te lo voy a prestar. Está buenísimo, amigo.

—¡Sos un genio, Edu! —dijo Eda y le dio un beso frente a Hugo que estaba a punto de estallar de rabia.

FIN

## LA DESPEDIDA DE LULA

**E**da, Pepa y Lula eran las mejores amigas. Algunos dicen que tres es un número conflictivo, que es típico ponerse dos contra uno, pero en este caso no era así. Este trío era carne y uña, rara vez se peleaban y más rara vez pasaban más de una semana sin verse y no sé si alguna vez pasaron un día sin hablar por teléfono, chatear o conversar por *WhatsApp*. Por eso, cuando Lula dijo que quería irse a vivir por un tiempo a Río de Janeiro fue como una bomba.

Al principio, Eda y Pepa se sintieron traicionadas, no entendían por qué Lula quería alejarse de ellas. ¿Acaso Buenos Aires no era una ciudad hermosa? ¿Qué tenía Río que no tuviera la Reina del Plata? Es verdad que la capital carioca tiene unas playas increíbles, pero ¿con quién iba a ir a andar en *rollers* los sábados a la mañana? ¿Qué amigas la iban a acompañar a las competencias de natación para hinchar por ella hasta quedarse afónicas? ¿Con quién iba a mirar los partidos de San Lorenzo?

Al día siguiente de enterarse de la noticia, Eda y Pepa estaban desoladas, acongojadas, errabundas y cabizbajas en la terraza de Eda cuando, de repente, sonó el timbre. Era Edu que andaba por ahí y que se le ocurrió darle una sorpresa a su novia. Inmediatamente, se dio cuenta de que algo pasaba y, cuando las chicas le contaron todo, se rascó la cabeza, frunció el ceño, arrugó la boca y después de unos minutos dijo:



—Me parece que están siendo egoístas.

—¿Nosotras? —dijeron Eda y Pepa a coro.

—Sí, si son sus amigas, tienen que apoyarla en su proyecto. Si eso es lo que quiere, tienen que ayudarla a realizar su sueño. Además, no sean anticuadas, hoy en día es posible estar comunicado con las personas que queremos, aunque estén en la otra punta del planeta.

—Pero no entiendo por qué quiere irse —dijo Pepa.

—Debe querer ver cómo es vivir en otro lugar, enriquecerse conociendo otra cultura y aprender otro idioma. Además, dijo por un tiempo, no para siempre —replicó Edu.

Eda y Pepa se miraron y dijeron a coro:

—¡Qué inteligente que sos Edu!

—Ejjjemmm, un poquito— Edu se puso colorado como un tomate de la vergüenza—Les voy a decir otra cosa, para mí, tenemos que organizarle una fiesta sorpresa de despedida, para que sepa que la apoyamos en su decisión.

—Me parece genial, porque además no estuvimos muy simpáticas cuando nos contó, más bien todo lo contrario... —dijo Eda.

—También, podemos hacerle un súper regalo, como colgar un cartel del Obelisco que diga: "Te vamos a extrañar, Lula". O escribirlo en el cielo con un avión, o con señales de humo o...

—¡Ya tenía que volver el Edu delirante de siempre! —exclamó Eda.

—¿Por qué mejor no hacemos una lista de invitados y de lo que hay que comprar para la fiesta?

—Dale, si quieren yo me ocupo de comprar las cosas —dijo Edu.

—Genial, yo me encargo de invitar a todos —dijo Eda.

—Y yo de decorar la casa y pensar juegos para la fiesta —dijo Pepa.

Al día siguiente, cada uno empezó a encargarse de su parte. Eda llamó a todos los invitados, que se mostraron muy contentos y entusiasmados con la fiesta. Al último que llamó fue a Hugo, que también conocía a Lula de la escuela primaria. Después de que le contó acerca de la fiesta, Hugo dijo:

—¿Ya saben dónde van a comprar la comida y la bebida?

—Edu va a ocuparse de eso —respondió Eda.

—Como quieras, yo consigo un lugar donde todo cuesta el diez por ciento menos. Tengo muchos contactos, soy un capo, no un paparulo que paga todo, como otros que yo conozco... —dijo Hugo que no desaprovechaba ocasión para acercarse a Eda y hacer quedar mal a Edu.

—¡Dale! Buenísimo, le aviso a Edu que no compre nada.

—¿Cuándo vamos? A dos cuadras, está la mejor heladería de Buenos Aires, te invito un cucurucho —dijo Hugo que no daba puntada sin hilo.

Como se imaginarán, la noticia le cayó a Edu como un balde de agua fría. ¿Cómo haría Hugo para conseguir todo más barato? No pudo contenerse y le dijo a Eda que Hugo era un canchero que se creía que se las sabía todas y que seguro algo raro había en eso de conseguir todo más barato. Eda le dijo que lo que pasaba era que estaba celoso y que cómo podía ser que desconfiara de ella, y él le dijo que no eran celos, y ella que sí, y él que no, y ella que sí. ¡Fue su primera pelea de novios!

El día de la compra, Hugo fue hasta lo de Eda con su auto descapotable. Tenía lentes negros y escuchaba música tecno a todo lo que da. ¡Punch! ¡Punch! ¡Punch! Eda se subió al auto, y Hugo aceleró tan repentinamente que Eda casi pierde el sombrero que llevaba puesto.

El negocio al que la llevó Hugo era un supermercado pequeño. Agarraron un carrito y empezaron a recorrer las góndolas buscando los productos que necesitaban. Cada vez que Eda agarraba un producto, Hugo decía que él conocía una marca muuucho mejor. Por ejemplo, Eda agarraba papas fritas Churubun Bumbá y Hugo decía:

—¿Eso vas a comprar? Por favor, seguro que fue una idea de ese Edu. No entiende nada, las mejores son las papas fritas Rangles.

Finalmente, terminaron de comprar todo y fueron hacia la caja. Hugo se acercó a su amigo, el dueño del supermercado, y le dijo en voz baja:



—Hacemos como habíamos quedado, no me das el ticket y me hacés el descuento.

Eda no pudo creer lo que escuchaba. ¿Así conseguía Hugo el descuento? ¿Comprando sin ticket? Eso estaba muuuuy mal. Al hacerlo le estaba robando a todos los ciudadanos. Eda le dijo ahí mismo a Hugo que cancelara la compra y le explicó con detalles por qué era un desastre.

—Y a usted —dirigiéndose al dueño del supermercado—, debería darle vergüenza. ¿No sabe que con el dinero que aportamos con cada compra se construyen escuelas y hospitales, entre un montón de otras cosas?

Eda salió indignada y le mandó un mensaje a Edu.

Edu: Tendría que haber sospechado que algo raro había en el descuento de Hugo. ¡El descuento consistía en no pagar el impuesto! ¿Me perdonás? ¿Todavía querés encargarte de hacer las compras para la fiesta?

Edu aceptó porque no era nada rencoroso y compró todo. ¡La fiesta salió hermosa! Lula estaba muy pero muy feliz de que sus amigas la apoyaran en su aventura. Eso sí, al final de la fiesta, se le escapó una que otra lágrima al pensar cuánto las iba a extrañar y les hizo prometer que la fiesta de bienvenida iba a ser tan divertida como la que le habían organizado para despedirla.

FIN





## LAS VACACIONES DE ANDY

**U**no de los mejores amigos de Edu era Andy, un chico muy simpático y gracioso que tenía una característica que lo hacía único entre todos sus amigos. ¿Cuál era? ¿La rapidez? No. ¿La glotonería? No. ¿La telequinesis? Tampoco. ¿Saber mover las orejas? No. ¿Chuparse el dedo grande del pie? Ni ahí. Lo que distinguía a Andy era la pereza, eso que, según el país, también puede denominarse vagancia, flojera o galbana.

Entre sus amigos -incluso en presencia del mismísimo Andy- solían contar chistes sobre el gusto de Andy por el descanso:

Andy es tan tan vago que se levanta antes para tener tiempo para no hacer nada.

Es tan tan perezoso que de tanto no hacer nada echó raíces.

Es tan tan flojo que sueña que duerme.

Es tan tan pachorra que para apagar la luz llama a los bomberos.

En fin, la lista era infinita y a Andy parecía no molestarle. Incluso, le gustaba alimentar el mito de su descomunal vagancia. Aunque, a decir verdad, había que reconocer que desde el último mes de marzo taaan vago no estaba: durante el día, trabajaba en un locutorio, y a la tarde, estudiaba análista de sistemas. ¡Imagínense el sacrificio que era para el pobre Andy! Ni un minuto para desplegar su pereza durante meses, apenas unas horitas algún que otro domingo para tirarse panza arriba a mirar la tele o jugar en la compu.

En diciembre, cuando se acercaban las vacaciones, todos planificaban qué iban a hacer. Edu quería ir a la playa, había comprado una tabla de surf y estaba ansioso por barrenar enormes olas; Pepi iría a visitar a sus tíos a Posadas y de ahí haría una excursión a la selva; y Eda pasaría unos días en Río de Janeiro para ver a su amiga Lula que estaba viviendo allí. ¿Y Andy? ¿Iría a las sierras cordobesas? No no. ¿A los lagos del sur? Noooop. ¿A los Valles Calchaquíes? Ni ahí. Nada de eso, Andy se quedaría en su casa sin hacer absolutamente nada. Un mes entero para mirar pelis y usar la compu todo el santo día, rascarse la cabeza y contemplar el hermoso cielo raso escuchando música. ¡Eso sí que sería vida!, pensaba Andy mientras estudiaba para sus últimos exámenes de diciembre.

Los preparativos de Andy para sus vacaciones fueron minuciosos. Su objetivo era no salir de su casa y en lo posible ni siquiera levantarse de la cama o la silla. Para eso; tuvo que reorganizar la disposición de los muebles. Puso la heladera al lado de la cama (¡Podía servirse un vaso de gaseosa helada casi sin despegar la cabeza de la almohada!) y el escritorio al lado de la cama (¡Podía pasar de la cama a la silla sin tocar el piso!).

Tuvo que pensar con precisión en cuántas bolsas de papas fritas, cuántas hamburguesas, salchichas, pizzas y kilos de helado necesitaría para todo un mes. Compró vasos, platos y cubiertos de plástico (¡Ni loco agarraba una esponja durante las vacaciones!). También programó en detalle en qué horarios iría al baño para aprovechar la ocasión y poner a calentar el almuerzo o la cena. ¡No fuera cosa de levantarse dos veces cuando era posible hacerlo solo una!



Finalmente, llegó el 1° de febrero y Andy empezó sus vacaciones en el 8° "D". Los primeros días fueron un paraíso, el reino del no hacer nada. Sin embargo, cuando estaba por la mitad de sus vacaciones empezó a notar un dolor en la espalda y poco después un malestar en el estómago. ¡Qué mala suerte! Justo en las vacaciones.

Edu ya había vuelto de sus vacaciones hecho casi un surfer profesional. Le hubiese gustado pasar otro mes más entre las olas, pero tenía que volver a trabajar. Por suerte, los fines de semana, podía ir a las playas porteñas que había organizado el Gobierno de la Ciudad a la orilla del río. No podía surfear, pero sí podía hundir sus pies descalzos en la arena tibia y sentir el sol y la brisa de verano que venía desde el Uruguay. Era el segundo fin de semana que invitaba a Andy a ir con él, pero su amigo le decía que ni loco se movía. Edu estaba un poco preocupado por su amigo: no podía ser buena esa forma de vida. Decidió ir a visitarlo y cuando Andy abrió la puerta no pudo creer lo que vió. ¡Parecía un cavernícola! O mejor dicho un vampiro cavernícola. Porque además del pelo y la barba crecidas, estaba blanco como la luna. Para colmo, como le dolía la espalda, caminaba lento y cada tanto se retorció de dolor de estómago.

¿Cómo hacer para que Andy se diera cuenta de que no podía seguir así? ¡Encima, Andy era testarudo! Era imposible hacerlo cambiar de opinión y moverlo de su departamento a menos que ... ¡Le dijera que iba a estar Messi firmando autógrafos en la plaza! ¡Era un genio! Un geniecillo un poco mentiroso eso sí, pero por una causa noble. ¡Otra

idea genial! Le diría que Messi iba a estar en una plaza en la que hubiera una Estación Saludable.

El plan funcionó a la perfección y en la Estación Saludable le explicaron a Andy los peligros de la vida sedentaria, que no es una vida con mucha sed sino una vida con poca actividad física, y los riesgos de tener una alimentación repleta de grasas.

Andy no se enojó para nada -la verdad es que ya estaba cansado de estar en su casa y le encantó salir- y entendió que la vida que estaba llevando era pésima para su salud. Además, se emocionó por la preocupación de su amigo por



él y aceptó ir a la playa con Edu. Era un día precioso y, aunque no lo crean, Andy se tomó tan en serio los consejos de la Estación Saludable que se anotó en un torneo de voley y le gustó tanto jugar que volvió al día siguiente, y al otro y el otro y al final, ¡pasó la segunda mitad de sus vacaciones corriendo en la playa!

FIN

## EDU BAJO EL AGUA

**E**du vivía en un edificio atípico de Buenos Aires: todos los vecinos se conocían y eran amigos. No era una de esas enormes torres en las que todos son seres anónimos que solo cruzan un “buen día” en el ascensor o, en un raptó de simpatía, deslizan un “qué calor”, “sí, sí, la sensación térmica es de 38” o “dicen que mañana llueve”.

Edu era especialmente amigo de Darío y de Denise, los nenes del tercer piso a quienes ayudaba con la tarea de matemáticas, “Edu era un capo con los números” y de doña Clavelina, con quien miraba los partidos de tenis. No se perdían ni un solo partido de los protagonizados con jugadores argentinos. Doña Clavelina lo esperaba con tortas fritas y mate, y los dos hinchaban juntos y nerviosos por del Potro, Gaudio o Nalbandian. Doña Clavelina le decía a Edu cada vez que miraban una final internacional:

—Si gano la lotería, Edulino, la próxima final de Wimbledon la vemos en la cancha. Es una promesa. Nos vamos los dos a Londres —que también podía ser Francia si el torneo era Rolland Garros.

Aquel día no se trataba de ningún torneo internacional, sino de una copa local. Edu se sentó en el sillón y cuando llegó doña Clavelina con las tortas fritas le dijo:

—Doña Clave, ¿no tiene un poco de frío? ¿Prendemos la estufa?

—¿Frío? ¡Esto no es frío! Ya no hace frío en esta ciudad  
—respondió doña Clavelina.

— ¿Cómo que ya no hace frío?

—Es por el cambio climático, el calentamiento global, Edu.

—¿Qué es eso?

—No puedo creer que no sepas qué es el cambio climático, Edu. Ahora, silencio que empieza el partido. Tarea para el hogar: investigar qué es el cambio climático.

El partido fue muy entretenido, y Edu y doña Clavelina lo pasaron bárbaro, aunque Edu tuvo un poco de frío.

Al llegar a su casa, Edu encendió la compu y puso “cambio climático” en el buscador, abrió una de las primeras páginas y leyó algo que le heló la sangre: El planeta se calentaría, entre otras cosas, por la tala indiscriminada de árboles, los polos se derretirían y ¡Buenos Aires quedaría sepultada bajo el agua!

¡No podía ser! ¿Cómo nadie hace nada? En su cabeza aparecía el Obelisco completamente sumergido y a su alrededor tiburones y sirenas dando vueltas. ¡Tal vez su casa sería habitada por un pulpo! Un pulpo sentado en la misma silla en la que él estaba ahora, tecleando con sus ocho tentáculos mensajes acuáticos en su computadora. ¡Y en el departamento de doña Clavelina una estrella de mar haciendo tortas fritas!

¿Pero y yo y doña Clavelina y mi amada Eda, y Pepi y Andy y Lola y el insoportable de Hugo y todos? ¿Adónde vamos





a ir? ¿Vamos a tener que vivir como buzos? ¿Con patas de rana y escafandras?

¡Podríamos construir un gran arca, como Noé!, se le ocurrió a Edu. ¡Hay que empezar ya mismo a organizarse! ¡No podemos perder ni un minuto!

Edu fue al teléfono y marcó el número de Eda sin darse cuenta de que eran las dos de la mañana. Cuando Eda escuchó el teléfono casi le agarra un patatús, salió a los tropezones de la cama y atendió preocupadísima.

—¡Eda, querida, tenemos que salvarnos del calentamiento global! Vamos a quedar sepultados bajo el agua y... un pulpo va a vivir en mi casa, y los tiburones van a rodear el Obelisco. ¡Ya! ¡Hay que ir a buscar madera ya mismo y construir un arca!

—¿De qué estás hablando, Edu?

—¿No escuchaste hablar del efecto invernadero, Eda? Acabo de leer que Buenos Aires va a quedar bajo el agua.

—¿Para eso me llamás a las dos de la mañana? —preguntó Eda con una sonrisa—. Eso, si es que pasa, va a ser en miles de años.

—¿De verdad? ¡Qué alivio!

Edu cortó y se quedó más tranquilo. Por un rato. ¿Mis hijos van a estar vivos en miles de años? No. ¿Mis nietos? Tampoco. ¿Mis bisnietos? Tampoco... ¡Pobres mis bisbisbisbisbisbisbisbisnietos! Ellos sí van a sufrir las consecuencias. ¡Pobres criaturas! ¡Pobres inocentes!

Edu se moría de ganas de contarle a Eda la terrible noticia, pero eran las cuatro de la mañana, esta vez sí había mirado el reloj. Así que esperó hasta que fueran las ocho y llamó.

—Hola.

—Hola, Eda. Estoy terriblemente apenado por nuestros bisbisbisbisbisbisbisnietos. ¡Pobres ángeles! Van a tener que vivir en lo alto de una montaña o en un barco. ¡Qué vida la de nuestros bisbisbisbisbisbisbisnietos!

—Edu, ¿podés encontrarte conmigo en el Parque Centenario en una hora? Te voy a explicar cómo podemos salvar a nuestros bisbisbisbisbisbisbisnietos —le propuso Eda.

A la hora, los novios se encontraron en el parque, y Eda lo llevó hasta una especie de casitas verdes y amarillas.

—¿Vos decís que nuestros bisbisbisbisbisbisbisnietos se queden acá cuando se derritan los polos? ¡No, Eda! ¡Esto también va a estar bajo el agua!

—Esperá y tené un poco de paciencia. Acá te van a explicar cómo podemos colaborar para que nuestros bisbisbisbisbisbisbisnietos vivan en un planeta hermoso como el nuestro.

Las casitas verdes y amarillas eran un Punto Verde. Allí le explicaron a Edu la importancia de separar la basura en productos reciclables y no reciclables y cómo a través del reciclado se ayudaba a combatir el calentamiento global. El reciclaje de papeles y cartones permitía disminuir la tala de árboles y el gasto innecesario de energía, de otros materiales, como vidrio y plástico..



Además, le comentaron, entre otras cosas, que las pilas producen mucho daño a la Tierra si se las tira en cualquier lado y, por eso, es necesario depositarlas en lugares especiales.

Edu se comprometió a organizar la separación de basura en su edificio y a llevarla a los Puntos Verdes; además, les explicaría a todas las personas que conocía acerca de la importancia de reciclar. ¡Qué alegría y responsabilidad sintió Edu al saber que el futuro de nuestro planeta y de sus bisbisbisbisbisbisnietos estaba en nuestras manos!

FIN

## NOCHE FANTASMAL

**M**añana es la Noche de los Museos, ¿vamos? —preguntó Eda.

—¡Dale! Yo quiero ir al Museo del Humor —exclamó Pepi.

—¡Yo al de Bellas Artes! —agregó Lola.

—Noooo, conmigo no cuenten, prefiero quedarme en casa y ver las obras por internet —dijo Andy, igual de vago que siempre.

—A mí, lo que me encantaría es ir al Museo Fernández Blanco y conocer al fantasma —sugirió Edu—. ¿Acaso los fantasmas no deambulan por la noche?

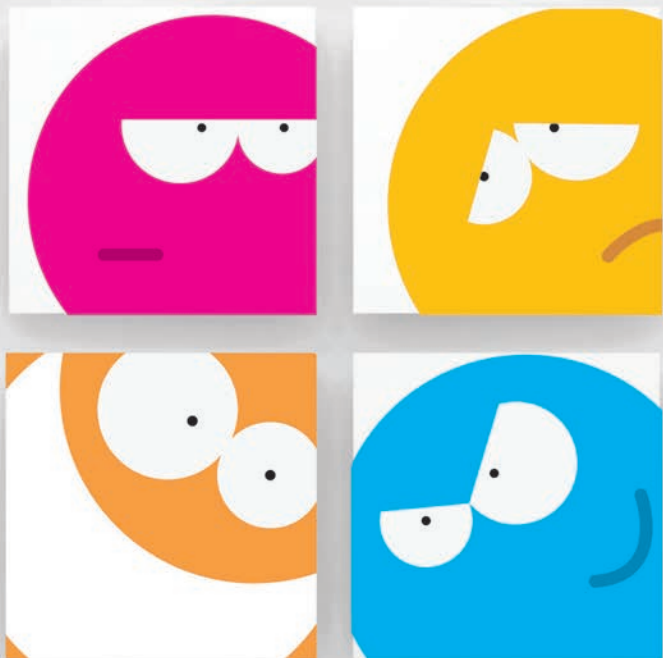
—¿Cómo? —preguntaron todos a coro.

—Sí, dicen que en el museo hay un fantasma, que varios empleados lo vieron durante la noche y como es la Noche de los museos, pensé que tal vez...

—¡Qué miedo! Creo que si nos organizamos bien podemos ir a los tres museos. Leí que hay colectivos gratis para ir de un museo a otro —dijo Eda.

Aquella noche se juntaron todos en lo de Lola y comenzaron por el Museo del Humor, donde hicieron un recorrido por la historieta argentina. Todos estaban fascinados, en especial, Pepi, que era un fanático de los cómics. Anotó en una libretita los autores que no conocía para buscar sus

## MUSEO DEL HUMOR



## NOCHE FANTASMAL

trabajos y se deleitó nuevamente con los personajes que ya reconocía, como Mafalda y Patoruzito.

Después se dirigieron al Museo de Bellas Artes, donde vieron cuadros de diversos lugares y épocas. Lola quedó fascinada por un molino de viento pintado por Van Gogh, y Pepi por los cuadros que mostraban Buenos Aires hace cientos de años. ¡Parecía mentira que la Plaza de Mayo hubiera sido así alguna vez!

Para terminar, fueron al Museo de Arte Hispanoamericano Fernández Blanco. Al llegar los sorprendió que hubiera mucha menos gente que en los anteriores; tal vez, a algunos los acobardaba la posibilidad de encontrarse con un ser espectral...

Apenas entraron, un hombre de aspecto anticuado, que combinaba muy bien con el resto del lugar, se acercó a ellos y les dijo:

—Hola, ¿Les gustaría hacer una visita guiada?

Los amigos se miraron y acordaron que sí.

El guía los llevó por las diferentes salas y les mostró las pinturas, los objetos de plata, los muebles coloniales y los enormes peinetones, tan a la moda en los albores del mil ochocientos. También, les contó la historia de la casa y del museo:

—Tiene estilo neobarroco y perteneció a la familia Noel. Sin embargo, la gran mayoría de los objetos fueron donados al museo por don Isaac Fernández Blanco, uno de los primeros coleccionistas de arte de nuestro país. Su casa fue la primera sede del museo. Era un hombre muy distinguido...



—Usted sabe que corre el rumor de que aquí hay un fantasma, ¿no? —se animó a preguntar Edu.

—Jaja, claro que sí, jovencito. ¿Acaso un lugar lleno de cosas de hace doscientos años no es ideal para dar origen a tales leyendas?

—¿Pero lo vio mucha gente?

—Puff, muchísima. Hay quienes aseguran que es una joven bailarina pelirroja que danza en el jardín los días de lluvia, otros afirman haber visto a un muchacho que pasea a su mascota y desaparece misteriosamente frente al museo. También, están los que creen haber visto a un fantasmagóri-



co anciano vestido de negro y a una nena con ropa del siglo XIX jugando con una muñeca de porcelana, allí donde están los instrumentos antiguos.

—¿Usted vio a alguno?

—Yo no he visto nada, pero dicen que los seres del más allá solo se presentan ante quienes creen en ellos...

—Además, me dijeron que las lámparas se mueven solas y que las puertas se cierran repentinamente aunque no haya ni una gota de viento —agregó Edu.

—Eso sucede muchas veces, pero no podemos atribuirlo a un fantasma, hay otras explicaciones racionales a tales fenómenos, jovencitos. Y ahora, voy a tener que dejarlos porque el recorrido ha llegado a su fin y debo recibir a los próximos visitantes. Hasta luego, y gracias por la visita.

—Hasta luego, ¡y muchas gracias! ¡Estuvo buenísimo! —se despidieron del guía los amigos.

Pepi, Edu, Lola y Eda se quedaron un rato sentados en uno de los bancos del jardín del museo y decidieron que irían a tomar un rico a helado a Corrientes, la calle que nunca duerme.

Cuando estaban llegando a la salida, se les acercó una señora y les preguntó si les había gustado el museo.

—Sí, nos encantó y fue muy interesante todo lo que nos contó el guía —respondió Lola.

—¿Qué guía? —preguntó la mujer.

En ese momento, Lola vio algo que le heló la sangre. En una de las paredes del museo, había un cuadro con la imagen del hombre que les había hecho la visita guiada al museo.

—Uuuuno igual a ese —balbuceó Lola señalando el cuadro.

—No puede ser, ese es un retrato de don Isaac Fernández Blanco, y esta noche no hay guías trabajando...

Los amigos salieron rápido y no hablaron durante un largo rato. No era necesario decir en voz alta lo que todos estaban pensando: ¿Acaso su amable guía no había sido otro que el misterioso fantasma del museo Fernández Blanco?

FIN

## LA ELECCIÓN

**De:** [edajazz@unimail.com.ar](mailto:edajazz@unimail.com.ar)

**Para:** [edulino@geniomail.com.ar](mailto:edulino@geniomail.com.ar), [andyelvago@fiacamil.com.ar](mailto:andyelvago@fiacamil.com.ar), [pepinilloconmostaza@unimail.com.ar](mailto:pepinilloconmostaza@unimail.com.ar), [lolalolulile@unimail.com.ar](mailto:lolalolulile@unimail.com.ar)

**Asunto:** finde largo

Hola, chicuelos!!!

Tengo una súperoferta. Mi prima Vera se va de vacaciones unos días y me pidió que cuidara su casa con pileta y jardín en Villa Devoto. ¡Y me dijo que puedo invitar a mis amigos! ¿Les gustaría venir a pasar el finde largo conmigo? ¡Tres días de minivacaciones! La pileta y el jardín son re grandes y hay un megatelevisor para ver pelis.

Besos a todos!!!

Eda

Todos saltaron de felicidad al ver el mail en su casilla y respondieron inmediatamente que sí. Lola dijo que llevaría un juego genial de preguntas y respuestas y un mazo de cartas, Andy se comprometió a llevar dos colchonetas inflables para tirarse en la pileta a no hacer absolutamente nada, y Pepi respondió que él llevaría varias películas.

El único que no estaba tan contento era Edu, que tenía que trabajar el sábado y el domingo... Iría a la salida del

trabajo el domingo y se quedaría el lunes. ¡Qué mal humor! Y eso era solo el comienzo.

A los dos días, llegó otro mail de Eda:

**De:** [edajazz@unimail.com.ar](mailto:edajazz@unimail.com.ar)

**Para:** [edulino@geniemail.com.ar](mailto:edulino@geniemail.com.ar), [andyelvago@fiacamil.com.ar](mailto:andyelvago@fiacamil.com.ar), [pepinilloconmostaza@unimail.com.ar](mailto:pepinilloconmostaza@unimail.com.ar), [lolalolulile@unimail.com.ar](mailto:lolalolulile@unimail.com.ar)

**Asunto:** invitado nuevo

¡Hola a todos!

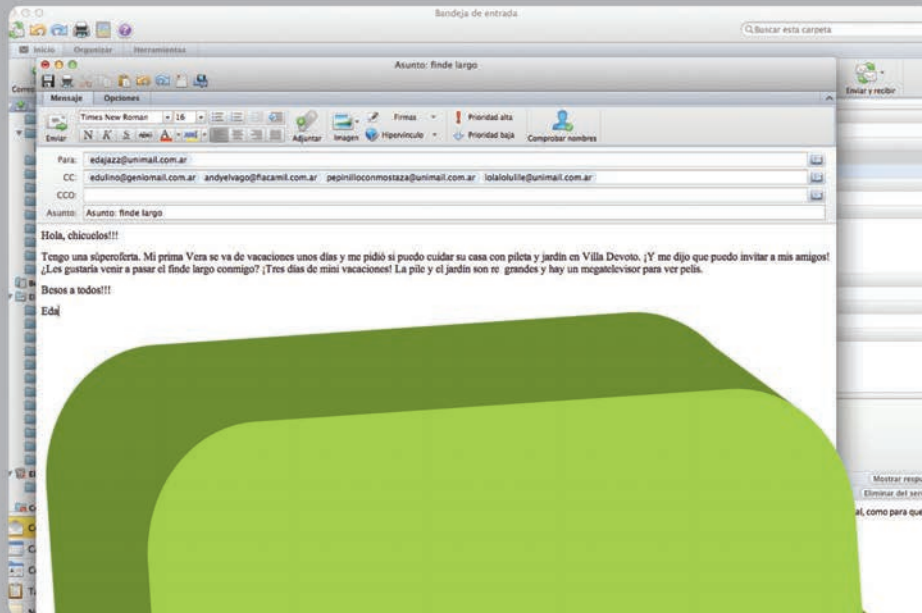
Ayer me llamó Hugo y me preguntó si tenía planes para el fin de semana y... lo invité. Espero que no les moleste.

Un beso

Eda

¡Claro que le molestó a Edu! Ese engréido iba a estar con Eda, y él trabajando...

El sábado a la mañana, fueron llegando de a uno a la "casa de vacaciones". Chapotearon de lo lindo varias horas hasta que, al mediodía, surgió la primera discordia de la convivencia. Lola, Andy y Pepi querían comer sanguchitos. Eda y Hugo, fideos con manteca. Unos sostenían que los sanguchitos eran más frescos, los otros que era mejor guardar el fiambre para la merienda y que las pastas llenaban más. ¿Cómo decidir? Hugo tuvo una "excelente" idea:



—Para resolver este problema, lo mejor es jugar una carrera de embolsados. Si gana alguno de los que quiere sanguchitos, comemos sanguchitos; y si es al revés, fideos con manteca.

—¡Correr en vacaciones! ¡Qué locura! —respondió Andy el perezoso.

—¡Dale! ¡Empecemos ya que tengo hambre! —dijo Pepi.

Eda fue a buscar bolsas, y Lola marcó en el jardín el punto de salida y de llegada de la carrera que arrojó los siguientes resultados:

Ganador: Pepi.

Chichones: uno para Andy y otro para Hugo.

Raspones: dos para Lola y tres para Eda.

Los sanguchitos salieron muy ricos, y los amigos pasaron una hermosa tarde en paz al aire libre. Pero la calma no duraría mucho; después de cenar, por suerte sin problemas por el menú, el conflicto volvió a estallar al momento de elegir qué película verían: Lola, Eda y Pepi querían ver una de detectives; en cambio, Hugo y Andy una de vampiros.

—Yo sé muy bien cómo solucionar esto. La competencia del agua. El primero en tomar dos litros de agua, gana y decide qué vemos —propuso Hugo.

Entre todos llenaron recipientes y botellas y se sentaron en ronda.

—Uno, dos, tres... ¡ya!

El primero en desistir fue Andy.

—¡Esto es demasiado esfuerzo! Prefiero ver una de detectives...

La segunda fue Eda, que salió corriendo al baño, seguida por Lola. Quedaban Pepi y Hugo, uno de cada equipo. A los dos les faltaba menos de medio litro, estaban a punto de empatar cuando una avispa se posó en la nariz de Pepi, que dio un salto y volcó el agua que quedaba. Glu, glu, glu, glu. ¡Ganó Hugo! Así que a ver una de vampiros.

Lola tuvo una pesadilla horrible: descubría que Hugo era el mismísimo conde Drácula y que todo era un plan para convertirlos uno por uno en vampiros.

El domingo amaneció lluvioso, así que nada de pileta. Todos estuvieron de acuerdo con ver la peli de detectives que no habían visto el día anterior y con almorzar pizza. Parecía que la paz reinaba hasta que, después de comer, Pepi sugirió:

—¿Por qué no jugamos a un juego de mesa?

—¡Al de preguntas y respuestas! —exclamaron a coro Lola y Eda.

—¡Al chanchooo vaa! —gritaron los varones.

¡Otra vez la discordia! ¿Cómo se solucionaría esta vez? ¡Carrera con libros en la cabeza! fue la propuesta de Hugo. El primero en llegar a la otra pared, sin que se le cayera el libro, ganaría. Resultado de la carrera:

Ganadora: Lola.

Heridos: Hugo por la caída del libro sobre el dedo chiquito del pie, nada que no se pase con un poco de hielo.

Por suerte, después de jugar a las preguntas y respuestas el cielo se despejó y al atardecer todos pudieron darse un chapuzón y jugar un partido de *acuavoley*. Cuando estaban por terminar, sonó el timbre. ¡Era Edu! Venía con la malla puesta y se tiró directo de bomba a la pileta. Todos, o casi todos, estaban felices con su llegada. Se quedaron en el agua hasta que empezaron a tener frío y un poco de hambre.

—¿Podríamos hacer algo a la parrilla no? —dijo Pepi.

—¡Choripanes! —gritaron Eda, Pepi, Andy y Edu.



—¡Pollo! —dijeron a coro Hugo y Lola.

¡Ay, no!, pensaron todos, ya veo que esta definición termina en el hospital.

—Bueno, como buen especialista en decisiones colectivas, propongo que gane el que logre estar más tiempo abajo del agua —propuso altanero Hugo.

— ¿A este que bicho le picó? —dijo Edu—. ¿Por qué no hacemos una votación? Y que gane la mayoría.

—¿Cómo? —preguntó Andy.

—¿Cómo, cómo? Como se hace para elegir presidente, diputados, jefe de gobierno y otros cargos. Cada uno dice qué quiere y gana la mayoría. Podemos hacerlo levantando la mano o con una urna y un cuarto oscuro.

—¡Edu, sos un genio! ¿Cómo no se nos ocurrió a nosotros? —exclamó Eda y le dio un beso en la mejilla.

Hugo estaba fucsia de celos... Pero después de comer unos ricos choripanes, se le pasó. Por suerte, para elegir los gustos de helado que pedirían de postre tampoco fue necesario hacer ninguna proeza que terminara con moretones, chichones ni dedos chamuscados. ¡Bastó con otra feliz y democrática votación!

FIN

## HUGO EN EL AUTOCINE

**E**du, Eda, Andy y Pepi estaban a punto de ver una película en lo de Eda cuando sonó el timbre. Era Lola. Apenas entró, se tiró en el sillón y con el ceño fruncido exclamó:

—¡La gente nunca cambia! ¡Odio a los seres humanos! ¡Nunca aprenden!

—¿No estarás exagerando un poco, Lo? —intervino Eda—. ¿Qué fue lo que pasó?

—Mi hermana pasó. La desconsiderada, caprichosa, egoísta y egocéntrica de mi hermana pasó —respondió Lola.

—¡Otra vez sopa! —dijo Eda que conocía las eternas peleas fraternales de Lola—. ¿Qué hizo ahora?

—Me pidió prestado mi vestido nuevo, y yo le dije que sí, pero que lo necesitaba para mañana al mediodía; me prometió que lo iba a lavar y planchar para que lo tuviera. Y yo fui una total idiota ingenua que le creí. Hace un rato, entré a su cuarto y estaba hecho un bollo en el piso. ¡Mi vestido nuevo! No voy a prestarle nunca nada más. ¡La gente no cambia!

—Tal vez, puedas hablar con ella y explicarle las cosas bien, ella va a entender. O quizá, sea cuestión de encontrar el modo de darle una buena lección... ¡Todo el mundo aprende! —dijo Edu.





—No, eso es mentira. Mi vecino saca la basura a cualquier hora. Le explicamos mil veces que eso está mal y no hay caso. ¡La gente no cambia! —dijo Andy.

—Yo, también, pienso que hay gente que no aprende nunca —afirmó Pepi.

—Como mi hermana... —acotó Lola.

—Están equivocadísimos —dijo Edu.

—A ver, danos un ejemplo de un caso serio que haya cambiado. De alguien que era, por ejemplo, un recontraegoísta y cambió —apuró Andy a Edu.

Edu se quedó pensativo unos segundos hasta que se le ocurrió una idea y dijo:

## HUGO EN EL AUTOCINE

—No se me ocurre ninguno ahora, pero estoy dispuesto a demostrarles que soy capaz de hacer que el papanatas de Hugo deje de tirar papeles en la calle. Hasta me ofrezco a ser el “profesor de Hugo” y darle una lección.

Andy, Pepi, Lola y Eda quedaron boquiabiertos. Edu y Hugo eran como el agua y el aceite. No había forma de que se mezclaran. Todos se interesaron de inmediato en el “experimento” de Edu.

—Para poner mi plan en práctica, lo vamos a invitar a nuestra salida al autocine del Rosedal el domingo que viene y le vamos a decir que nos gustaría ir con su auto, aunque pensábamos ir en bici.

—¡Espero que el “experimento” no termine a las piñas! —dijo Pepi.

—¡No puedo creer que voy a perdérme! ¡El domingo que viene es el cumple de mi mamá! —se lamentó Andy.

El domingo siguiente, Edu y Pepi fueron a la casa de Hugo, que se mostró extrañadísimo con el plan, pero que haría cualquier cosa por estar cerca de Eda. Se subieron al coche y, a las dos cuerdas, Hugo cometió su primer error: pasó un semáforo en amarillo.

—¡Uy, no te diste cuenta y pasaste en amarillo! —dijo Edu.

—Es que quiero llegar lo antes posible —respondió Hugo.

—Pero cruzar en amarillo aumenta la probabilidad de accidentes, si evitas cruzar en amarillo no solo protegés a los demás, sino también, te cuidás vos.

—¡Qué pelotazo en contra que sos, sabelotodo! —refunfuñó Hugo.

El “experimento” no iba a ser nada fácil, pero Edu eso lo sabía desde el principio...

El viaje siguió tranquilo hasta que Hugo agarró un caramelo del bolsillo, lo peló y tiró el papel por la ventanilla.

—¿Pero qué hacés, Hugo? ¿Cómo vas a tirar el papel por la ventanilla?

—Vos en una competencia de plomos te llevas la copa de oro, pibe —y siguió con voz de locutor—. Y ahora, señores y señoras, el premio para el más plomo de todos los plomos, el mayor superplomazo de la Argentina, el que este año batió el record *Guinness*, es para... ¡Eduuuu! ¡Y justo me tenía que tocar a mí de copiloto!

Pepi tenía que morderse los labios para no reírse. Por su parte, Edu confiaba en que su plan funcionaría. “No está muerto quien pelea”, le decía siempre su vecina doña Clavelina.

Cuando llegaron a la casa de Eda, se encontraron con que no había lugar para estacionar. ¿Qué hizo Hugo? Estacionar en doble fila.

—¿Por qué no buscamos si hay lugar en la otra cuadra? No se puede parar así —señaló Edu.

—¡Con vos no se puede ni respirar! A ver, ¿qué clase de problema hay en estacionar en doble fila dos minutos? —preguntó molesto, Hugo.





—Es que si una persona por cuadra hace lo mismo, se ocupa un lugar enorme y se generan embotellamientos. ¿A vos te gusta cuando no podés avanzar?

—Mmmm... —murmuró Hugo.

Las chicas que esperaban en la puerta, se subieron al auto. Lola había traído un CD. Hugo puso el disco y arrancaron contentos hacia el autocine mientras coreaban:

—*Encuentro todo en mi múuuuuuusica, porque estoy siempre bailandoooooooooo...*

La noche estaba preciosa; y el autocine, repleto de gente feliz de poder ver una buena película bajo las estrellas. Aquel día pasaban *Guardianes de la Galaxia*, una joyita del cine de ciencia ficción. Hugo estacionó el auto, y los amigos se dispusieron a disfrutar de la función.

Edu sacó una bolsa gigantesca de pochoclo, hundió su mano en ella y se llevó un puñado a la boca tirando varios copos en el suelo, luego, le pasó la bolsa a Lola que hizo lo mismo. Hugo veía por el espejo retrovisor cómo su auto se llenaba de puntitos blancos y horrorizado exclamó:

—¡Qué hacen! ¡Van a convertir mi auto en un chiquero! ¡Por favor, no ensucien! ¡Mi auto! ¡Mi flamante auto!

—Pensé que no te molestaba la suciedad, como tirás basura en la calle... —comentó Edu.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—La ciudad también es tuya, como tu auto, Hugo —explicó Eda.

En ese momento, comenzó la película. ¡Estuvo buenísima!

El domingo siguiente, los amigos repitieron el plan. Esa noche daban una película de zombis, imperdible. Cuando estuvieron en el auto, Hugo sacó un paquete de caramelos, peló uno y tiró el papel en una bolsita, todos quedaron boquiabiertos.

—Esto es para tirar los papeles y otras cosas, así no ensuciamos la ciudad ni mi auto. Cuando bajemos, la llevamos a un cesto.

¿Increíble, no?

Igual no crean que Hugo dejó de ser egoísta del todo. A la vuelta, estacionó en un lugar en el que había con un cartel de "Prohibido estacionar" y no cedió el paso a los peatones cuando debía hacerlo.

Pero ¿acaso un pequeño cambio no es algo? Y los grandes cambios, ¿no empiezan muchas veces por pequeñas acciones?

FIN

